

**EDUARDO ORTIZ DE LANDÁZURI
Y FERNANDEZ DE HEREDIA.**

Semblanza de mi padre

Prof. D. Carlos Ortiz de Landázuri Busca

Profesor asociado a la Universidad de Navarra. Catedrático de Instituto de Enseñanza Secundaria “Navarro Villoslada” de Pamplona

Los cristianos tenemos la convicción profunda de la vida santa de nuestros respectivos padres, cuando efectivamente reflexionamos sobre la fe y el modo de vida que nos han transmitido, sin tener tampoco que entrar en mayores disquisiciones. Tenemos ese convencimiento interior y eso basta; les mostramos un agradecimiento infinito por el bien que nos han hecho a lo largo de toda su vida, aceptando también las condolencias, cuando llega el momento, por su pérdida irreversible. Sin embargo no es tan frecuente que un hijo trate de explicar la vida santa de sus padres, como ahora es mi caso. Con mi testimonio pretendo mostrar como a lo largo de su vida mis padres mantuvieron una lucha constante, a fin de alcanzar la santidad, con manifestaciones claramente visibles para todos los que les conocieron. A sus hijos nos dieron un ejemplo constante de la práctica de las virtudes cristianas, sin pedirnos tampoco cosas extraordinarias, siendo como éramos una familia muy normal, al menos eso sigo pensando. Mis padres a lo largo de toda su vida mantuvieron una lucha constante por alcanzar la santidad, tratando de hacer la vida lo más agradable posible a todos los que vivíamos a su alrededor, dando un testimonio inolvidable de búsqueda de la santidad en el ejercicio de la profesión y en el cumplimiento de las obligaciones de la vida ordinaria, aunque sin permitirse la más pequeña compensación. Parece demasiado bonito, pero así fue, aunque todo ello se logró a base de numerosos sacrificios, de los que sus hijos fuimos los primeros beneficiados.

Cualquier momento de la vida de mi padre podría servir para ilustrar lo que acabo de decir, pero posiblemente el mismo expresó esta idea de una forma memorable en un carta que escribió el 30 de agosto de 1975 a mis hermanas María Luisa y Upe, que estaban haciendo una convivencia en Torreciudad, poco después del fallecimiento del Beato Josemaría. “Queridas María Luisa y Upe: Que alegría escribiros desde el Colegio Mayor Belagua, donde me tenéis de colegial durante una semana del 26 al 2 de septiembre. Hemos dedicado parte del tiempo a escribir cosas del Padre. Figúrate que emoción. Tengo ya bastante escrito. Acabo de terminar un escrito de cinco folios que se titula: 1ª entrevista con el

Padre (2-V-1960). En efecto, fue ese día cuando le vi por primera vez en el Colegio Mayor Aralar, cinco días antes de la primera piedra (de la Universidad de Navarra). Creo que ya lo sabéis, cómo me llamó Antonio Fontán y, sin previo aviso, me encontré con el Beato Josemaría. Al terminar aquella tertulia me dijo: ‘Has venido a Pamplona para hacerte santo, todo lo demás es secundario’”.

Como se sabe esta respuesta tan directa vino motivada por una pregunta no menos incisiva que mi padre formuló al gran canciller en aquella ocasión acerca de lo que todavía quedaba por hacer una vez puesta la primera piedra de la Universidad de Navarra, aunque el bien sabía que todo aquello no había hecho más que comenzar. En la pregunta se daba por supuesto el traslado de mi padre desde Granada a Pamplona en 1957, con su mujer, Laurita Busca, y sus siete hijos, con el propósito muy concreto: impulsar la Facultad de Medicina y la Escuela de Enfermería, e iniciar lo que después sería la Escuela Profesional de Medicina y la Clínica Universitaria, aunque evidentemente todo se hizo poco a poco. La respuesta del fundador de la Universidad de Navarra siempre se le quedó muy grabada, dejándole muy claro cual debería ser el orden de prioridades a conseguir. En primer lugar debía situar la lucha por la santidad, después la familia y en tercer lugar las distintas obligaciones de tipo apostólico y profesional que tuviera entre manos. A lo largo de su vida nos dio innumerables ejemplos del secreto para hacer compatibles todas estas actividades tan variadas: el amor a Dios que ponía en todo lo que hacía, volcándose con una gran atención en lo que estaba haciendo, sabiendo que el cuidado de cada pequeño detalle era la entrega que Dios en ese momento le pedía. Se preocupó de la decoración de la casa, resaltando el gusto con que mi madre ponía todas las cosas, incluida la comida, sabiendo que eso le producía una gran alegría. Se preocupaba de nuestros pequeños problemas, no sólo en teoría, sino en la práctica, sabiendo hacerse presente cuando veía que mi madre tenía la más pequeña dificultad para atendernos. En estos casos mi padre no miraba el reloj y sabíamos que iba a estar con nosotros todo el tiempo necesario, aunque bien sabíamos sus muchas ocupaciones. Posiblemente el ejercicio de la medicina le había enseñado a estar pendiente de todo este tipo de detalles, compensando con una atención muy cuidada, las carencias del tiempo, pero el hecho es que ni los enfermos ni nosotros sentimos nunca la más pequeña desatención por su parte.

Para muchas personas que le conocieron superficialmente les puede resultar difícil de comprender como D. Eduardo podía armonizar las exigencias de la vida familiar con las del trabajo profesional, aunque el secreto era bastante sencillo: se metía de un modo tan intenso en todo lo que hacía, que podía dar la impresión que ‘su mundo’ era aquel y sólo aquel, sin darse cuenta que toda aquella capacidad ilimitada de entrega a lo demás y de concentración asombrosa en todo lo que hacía, tenía su origen en un amor de Dios verdaderamente desbordante. En su caso el ejercicio de sus obligaciones profesionales era una manifestación de la

caridad con el prójimo, que a la larga se quedaban pequeñas y, después de acabar una, siempre estaba pensando en la siguiente, tratando de hacer todo con la mayor rectitud de intención posible, respetando siempre las normas de su plan de vida, sin quejarse por no tener un minuto de tranquilidad, ni momentos para pensar simplemente en sus cosas. Los que le conocíamos de cerca sabíamos que aquel comportamiento no dependía de estados de ánimo, ni salía de un amor propio desmedido, o de un ejercicio profesional desenfocado, o de un afán de notoriedad. En todo lo que hacía siempre procuraba excederse en el sacrificio, sabiendo quitar importancia a cualquier posible humillación o contrariedad, sirviéndose de todo ello para rectificar la intención. No necesitaba expresarlo, ni formular grandes consideraciones, pues el simple ejemplo lo decía todo. A través de múltiples situaciones nos hizo comprender cómo se puede armonizar lo que aparentemente puede resultar humanamente imposible. Basta con no rendirse ante las contrariedades, haciendo frente a la dificultad con la certeza de poder superarla, poniendo toda la confianza en Dios. Mis padres se coordinaron de un modo admirable en el cumplimiento de sus obligaciones familiares, sin que les echáramos en falta en ningún momento. Se volcaban con detalles de atención que nacían del profundo afecto, sin que tuviéramos ninguna sensación de molestarles, o de ser inoportunos, sino más bien al contrario: sabíamos de antemano que se iban a tratar a resolver cualquier problema que tuviéramos, por pequeño o grande que nos pudiera parecer, sin escatimar esfuerzos, sabiendo hacer un hueco en sus numerosas obligaciones.

Sus hijos pudimos ver como el cultivo de la vida familiar fue el resultado de una lucha interior perseverante que nunca decayó. A lo largo de toda su vida mi padre nos dio múltiples ejemplos de como abarcar todas las exigencias que la vida cotidiana trae consigo, ya fueran profesionales o familiares. Nos hizo comprender por vía del ejemplo, que se podía ser un buen profesional, un buen padre de familia y un buen cristiano, sin permitirse ningún descuido en el cumplimiento de cualquiera de estas obligaciones. Por supuesto que tampoco desatendió la atención a nuestras obligaciones religiosas, ayudándonos desde pequeños a tener una intensa vida de piedad; le encantaba rezar con todos el rosario, ir a Misa los domingos, cantar la Salve el sábado, o acompañarnos a rezar las oraciones de la noche, cuando ya nos teníamos que ir a acostar. Además, lo hacía con una gran alegría y un entusiasmo fácilmente contagioso, de modo que estábamos deseando acompañarle. Al final se nos hizo cada vez más patente este proceso ascético y místico de santificación de la vida ordinaria, con manifestaciones muy concretas y visibles de su entrega incondicional a la voluntad divina. Al entrar a casa, al atender una llamada de teléfono, al participar en la conversación, al bendecir la mesa, al ayudar a servir la comida, al contar alguna anécdota de ese día en el trabajo o en la consulta, al interesarse por el estado de salud de cada uno, al salir para atender de nuevo a sus ‘enfermitos’, al hacer una visita a un conocido. Se podrían aportar incontables testimonios. Para mí el mejor testimonio me lo expresó él mismo, tres días antes

de morir, cuando en la habitación 601, mirando el Campus de la Universidad de Navarra, me dijo: 'Ahora veo que todo en mi vida ha tenido sentido'.

A lo largo de estos años sus hijos advertimos cada vez con más claridad como este proceso de progresivo acercamiento a Dios, por parte de nuestros padres, fue resultado de una lucha perseverante a lo largo de toda su vida. Al final se hizo cada vez más patente este proceso ascético y místico de santificación de la vida ordinaria, con manifestaciones múltiples de entrega incondicional a la voluntad divina. Todos los que convivimos a su lado a lo largo de sus últimos años tuvimos una convicción firme cada vez más profunda de su testimonio de entrega sacrificada, viviendo la caridad cristiana hasta límites insospechados, sabiendo hacerse cargo de las carencias y las debilidades de los demás, desviviéndose en la práctica del amor fraterno y de la justicia con todos, especialmente con los enfermos, a la vez que eran muy exigentes consigo mismos y con los demás, cuando veían que la situación lo requería. Sin duda alguna en esta descripción de su vida se me han podido escapar muchos matices, sin llegar a atar todos los cabos sueltos de esa madeja tan compleja que fue su lucha por la santidad en el ejercicio de una vida profesional tan absorbente, como es la del médico. Para confirmar esta apreciación me servirá de testimonios y sucesos que relataré; pero no me cabe duda que el testimonio más significativo es el que me dio personalmente San Josemaría Escrivá, durante una tertulia en Roma, durante la estancia en el Colegio Romano en 1968, cuando me dijo: 'Ten la seguridad que tus padres son santos y tienes que aprender mucho de ellos, aunque no les digas nada de todo esto'. Y es de notar que el Beato Josemaría no se solía prodigar en este tipo de elogios.

Mis padres en todo momento trataron de ser fieles al Evangelio y a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, tratando de buscar la santidad en el ejercicio de la profesión y en el cumplimiento de las obligaciones de la vida ordinaria, con manifestaciones cada vez más exigentes, sin abandonar en ningún momento este empeño, incluso en momento de extrema fatiga, de exceso de trabajo, de enfermedad o de vejez. La lucha interior de mis padres se adaptó en todo momento a las cambiantes circunstancias de su vida, en una progresión incesante, sin hacer sufrir a los demás, pero sin poner tampoco límites en su entrega a Dios. Esta lucha por la santidad siempre tuvo un carácter ascendente, profundizando en la práctica de las virtudes cristianas para alcanzar una unidad de vida entre el aspecto profesional, el apostólico y el ascético, sin perder ninguna oportunidad de entrega a los demás, aunque no tuvieran una estricta obligación de hacerlo. Se embarcaron con frecuencia en empresas apostólicas totalmente desproporcionadas para sus propias fuerzas, al menos desde un punto de vista exclusivamente humano, sin hacerlo con el más mínimo atisbo de vanagloria. Tampoco fueron un freno las dificultades de tipo profesional o familiar, o de salud, confiando en todo momento en la providencia divina y en la seguridad que da la fe, sin caer por ello en el desánimo o en la fácil disculpa. Quizás la oración que mi padre y mi madre rezaron

en sus últimos días, condensa este sentido profundo de lucha por la santidad que resume toda su vida: ‘!Señor!, ¡auméntame el amor, aumentame la esperanza, aumentame la fe, para que mi corazón se parezca al tuyo!’.

Filiaciones y vocación

Para explicar este proceso de crecimiento interior, D. Eduardo solía recurrir a un ejemplo, que en sus labios resultaba muy natural: comparar las tres Universidades en las que trabajó, o las tres ciudades por las que se apasionó, o los tres géneros de vida tan distintos que tuvo que asimilar, como fueron el madrileño, el granadino, o el navarro. Al hacer estas valoraciones siempre introducía una referencia personal muy velada a su propio proceso de crecimiento interior, para que quedara claro el orden ascendente seguido por la Providencia divina. Por ejemplo, en Madrid estaba la corte, en Andalucía la vida, y en Navarra el trabajo, aunque era evidente que en los tres sitios había procurado santificar este tipo de relaciones sociales, profesionales y estrictamente apostólicas. Según como se leyese este orden había ido de más a menos, al menos desde el punto de vista de brillantez profesional, pero estaba claro que él le quería dar el sentido inverso: primero tuvo que situarse en la sociedad, después vino el éxito profesional y, finalmente, entregó todo aquello a un proyecto apostólico cuyo cumplimiento era voluntad divina.

El ejemplo de vida cristiana en casa de sus padres fue sin duda determinante para el posterior proceso de reconocimiento y aceptación de su propia vocación profesional y cristiana, por procedimientos un tanto inverosímiles con los que el mismo solía ironizar. Recibió una educación castrense basada en las virtudes de la lealtad y el cumplimiento del deber. De su padre aprendió a dar un profundo sentido cristiano al cumplimiento de estas obligaciones, con ejemplos concretos y en situaciones en ocasiones muy difíciles, como lo demostró en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en los numerosos traslados familiares que tuvo que hacer en un corto espacio de tiempo, o en el juicio sumario que tuvo que sufrir por los incidentes en la Academia de Artillería de Segovia, de la que era profesor, siendo condenado a pena de muerte, aunque al final le fue conmutada, después de pasar seis meses llenos de incertidumbre en el castillo del Monte San Cristóbal en Pamplona. Mi padre aprendió del abuelo a saber llevar con profunda resignación cristiana todo este tipo de contrariedades, aunque su propio temperamento no era muy propenso a ello, sabiendo que el cumplimiento del propio deber está por encima de las propias conveniencias. Pero donde ese ejemplo llegó a extremos heroicos fue en el comportamiento del abuelo a raíz de los incidentes ocurridos en Madrid con motivo del alzamiento de su regimiento a favor de la rebelión militar de julio de 1936, siendo igualmente condenado a muerte, aunque se vio involucrado en una rebelión, de la que tampoco había sido el inductor. En su caso tampoco aceptó la conmutación de la pena capital, cuando se la ofrecieron, por solidaridad con sus

compañeros, que ya habían sido fusilados, y por las condiciones tan humillantes con que se la ofrecieron. Mi padre tuvo en el abuelo un ejemplo admirable de lo que era la práctica heroica de las virtudes cristianas, siendo para él un modelo de conducta a seguir en todas las actuaciones de su vida, aunque sus profesiones fueran muy distintas.

El ejemplo de su padre fue también determinante a la hora de formar su propia familia. Para él la familia era mucho más importante que la profesión, de igual modo que la lucha por alcanzar la santidad en la vida familiar era mucho más importante que desarrollar simplemente un trabajo bien hecho. Lo repitió por activa y por pasiva, sin que sus palabras se pudieran tomar nunca por un simple cumplido: Eduardo y Laurita eran inseparables; consideraba que sin su ayuda, la lucha por la santidad y el propio ejercicio profesional le hubieran resultado imposibles. Nunca tuvo ningún reparo en reconocerlo así, pero creo que además en su caso era una realidad evidente, sin rebajar por ello en nada sus méritos respectivos. Por eso no puedo hablar de las virtudes de mi padre sin referirme a mi madre, aunque sea de un modo tangencial. Mi padre era muy consciente de lo mucho que debía a mi madre, y como había sabido renunciar a muchos planes personales por sacar a la familia adelante. Sabía que mi madre asumió este papel con alegría, sin darse ninguna importancia, sabiendo pasar desapercibida. Mi padre sabía valorar en toda su dimensión esta lucha interior que veía en el ejemplo patente de mi madre, a través de innumerables detalles de delicadeza, reconociendo que en muchos aspectos necesitaba ser ayudado, agradeciendo con gran aprecio cualquier sugerencia. Evidentemente se compenetraban entre sí muy bien, pero en ningún caso era un equilibrio forzado, al menos esa impresión nos daban, sino que surgía con una gran naturalidad debido a la gran sintonía que existía entre ellos.

Mi madre se preocupaba especialmente del descanso de mi padre, sabiendo que lo que más le gustaba era estar con nosotros. Si se le pasaba por alto alguna obligación familiar, mi madre se la hacía ver con alguna broma simpática, sabiendo de antemano la total disponibilidad de mi padre para cambiar sus planes cuando era necesario. Mi madre tenía a gala el ser farmacéutica, pero nunca ejerció la profesión. Lo hizo con pleno conocimiento de causa, por formar una familia numerosa, como efectivamente hizo, identificándose plenamente con las motivaciones profundas que movían a mi padre y compartiéndolas en su integridad. Solía comentar que mi padre no había cambiado en este aspecto, desde que ella lo conoció, y que se había enamorado de él sabiendo perfectamente como era y que a ella le gustaba que fuera así. Cuando veía una situación propicia mi padre siempre agradecía a mi madre su entrega, haciendo una broma simpática, sin ponerse transcendente. Era necesario encontrar un motivo oportuno, que mi madre encontrara justificado, sin dar la sensación de estar haciendo un cumplido. Solía recurrir a procedimientos indirectos, dando lugar a situaciones muy emotivas para todos sus hijos.

Mi padre veía con admiración como mi madre abandonó el futuro ejercicio de su profesión de farmacéutica para dedicarse exclusivamente a sus hijos. Mi madre contaba que, en los años de la guerra, cuando trabajaba como farmacéutica en el Hospital del Rey, planteó al Dr. Baquero la posibilidad de hacer la tesis doctoral, éste le dijo que siendo mujer no le compensaba a él dedicarle ese esfuerzo, ya que si se iba a casar no podría continuar en un futuro con aquella investigación. Mi madre lo decía comentando cómo cambian los tiempos, y más en este tipo de cosas. Mi madre terminó sus trabajos de investigación, fue nombrada incluso jefe de departamento, atribuyéndolo a las circunstancias de la guerra, aunque no solía ser algo muy normal. También entonces conoció a mi padre de una forma muy divertida: Mi padre se empeñó en acompañar el coche en que mi madre y sus compañeras salían, galopando a caballo por la acera de al lado, con la mala fortuna que fue despedido de la montura y cayó de bruces en el suelo, sin provocar tampoco una gran compasión. Después se conocieron en un baile que organizaron en la Residencia de Estudiantes, aunque todavía durante un tiempo mi padre se mostraba indeciso, y sólo se decidieron a contraer matrimonio al final de la guerra. Al final mi madre comprendió que en aquellas circunstancias se debía dedicar por entero a su familia, a pesar de haber tenido numerosas posibilidades profesionales muy atractivas, como las tuvieron muchas de sus compañeras de la Residencia, sin considerar que su elección le hubiera supuesto ninguna pérdida, sino más bien la solución más razonable. Le ayudó así a mi padre a hacer compatible la vida familiar con una actividad profesional muy absorbente, siendo un apoyo constante, sin que fuera nunca un impedimento en este sentido la enfermedad crónica que padecía. A veces mi madre se quejaba de esta hiperactividad de Eduardo que, como diré más adelante, tenía unas justificaciones muy claras, pero sabía ponerle el remedio oportuno: establecer un claro orden de prioridades, sin minusvalorar ningún pequeño detalle de sus obligaciones familiares, sin permitirse tampoco ningún tipo de excusa. De todos modos mi madre nunca hablaba de estos temas delante de nosotros mientras fuimos pequeños. A su vez mi padre nunca dejaba de reconocer tanto sacrificio, y trataba de compensarlo, en la medida que se lo permitía. Era muy conmovedor y muy gracioso ver como ambos respetaban este reparto de papeles que la vida les había impuesto. Ninguno quería salirse de su sitio, pero ambos estaban dispuestos a ayudar en lo que hiciera falta a la mínima sugerencia que alguno de ellos hiciera.

Sin duda el momento más significativo de la vida de mis padres fue la boda en el Santuario de Arantzazu, nada más terminar la guerra civil, en unas circunstancias profesionales de mucha inestabilidad y llena de contratiempos. Por no tener, ni siquiera se hicieron la habitual foto de bodas, ya que en el momento decisivo al fotógrafo se le olvidó traer el rollo de fotografías, sin que fuera ya posible poner remedio a ese olvido. Por supuesto tampoco hicieron viaje de novios, ni se tomaron las vacaciones habituales, cosa que después siguió siendo habitual,

ya que tenía que incorporarse lo más pronto posible al trabajo. Eso sí, los dos pusieron de manifiesto una voluntad firme de formar una familia cristiana, ayudándose a superar la crisis religiosa que antes de la guerra civil ambos habían pasado. Siempre pensaron que la providencia divina había sido muy benevolente con ellos, y sentían una gran compasión con quien no había tenido aquella oportunidad de experimentar una profunda reconversión interior. Hicieron de la vida familiar el motivo principal que daba un sentido unitario a todas sus actividades, con prioridad a la consecución de un merecido prestigio profesional; desde muy joven procuró que todos sus colaboradores y conocidos advirtieran esa faceta decisiva de su vida, sin que quedara oculta por la brillantez de su prestigio profesional. Mi padre enfocó sus proyectos profesionales con el propósito preciso de sacar adelante una familia numerosa, sin venirse abajo por los posibles gastos y contratiempos que ello pudiera ocasionar. Siempre procuró que su casa estuviera bien amueblada y decorada con gusto, sin que faltara nada de lo que se podía esperar en una persona de su situación social.

Cuando montó la consulta de médico en la calle San Antón, ya en Granada, comprendió que el crecimiento de la familia hacía necesario un desdoblamiento de la consulta y de la casa familiar, evitando en lo posible interferencias. Cuando vio que la casa de San Antón se hacía incomoda tomó la decisión de comprar la finca de Fuentehonda, aunque ello le supuso un gasto económico importante. La instalación en la casa de Fuentehonda, vino a su vez motivada por su interés por dar a la familia un lugar de reunión más amplio, donde los más pequeños se lo pasaran lo más divertido posible. También se trataba de que mi madre pudiera descansar, dando acogida a otras familias numerosas en situaciones similares, haciendo lo más atractiva posible la vida a su mujer y a sus hijos. Después, cuando vinimos a Pamplona, buscó para la familia un sitio lo más representativo posible, sabiendo que éramos mirados por toda la ciudad, como fue el piso de la calle Carlos III, aunque nunca mi padre lo utilizó como consulta. Cuando se trasladó de Granada a Pamplona, mi padre decidió no volver a montar una consulta particular, sino atender a todos sus pacientes o bien en el Hospital de Navarra, en régimen de beneficencia, como había hecho toda su vida, o bien en lo que acabaría siendo la Clínica Universitaria, en régimen de contrato en exclusividad, como desde un principio se impuso a todos los médicos incorporados por aquellos años a la Facultad de Medicina. Y algo similar ocurrió con el posterior traslado a las casas de Avanco en el Barrio de San Juan, en la Travesía de Monasterio de Urdax; lo hizo con la intención de buscar una instalación definitiva, iniciando una fórmula que después sería muy utilizada por otros profesores de la Universidad con familias numerosas. Se trataba de buscar unos pisos que fueran grandes, pero que a su vez pudieran estar al alcance del sueldo de un profesor universitario, como efectivamente sucedió.

Los padres ocupan un lugar insustituible en la educación de los hijos, como también ocurrió en nuestro caso. Tanto en Granada como en Pamplona se preocupó

personalmente de elegir el Colegio al que nos mandó, además de seguir con gran atención nuestros estudios. Mi padre procuraba que el protagonismo en estos temas lo tuviera mi madre, aunque estaba clara la sintonía con que los dos actuaban. Esto se hizo muy claro en los temas importantes y en los pequeños detalles. Por ejemplo, la decisión acerca del colegio a donde íbamos a estudiar la tomaron de común acuerdo por razones que previamente nos explicaron en la medida que podíamos entender. Si primero eligieron el Colegio Riquelme de las hermanas de la Caridad y después el Colegio de los Maristas, en el caso de los chicos, y del Sagrado Corazón, en el caso de las chicas, fue por la formación cristiana que ofrecían, unido a la cercanía al domicilio familiar. Si después todavía en Granada nos cambiaron al Instituto Padre Suárez, o ya en Pamplona al Ximénez de Rada o al Príncipe de Viana, fue por la buena formación académica que, al menos entonces, ofrecían, sin descuidar tampoco la formación religiosa.

Pero mis padres también se preocuparon de los pequeños detalles de la educación; desde ser receptivos a la más pequeña preocupación que les pudiéramos mostrar, hasta trasladarnos todos los días al colegio por la mañana en el coche de mi padre, cuando éramos muy pequeños, como de hecho ocurrió en todos los años que vivimos primero en Granada y después en Fuentehonda. Mi madre estaba más pendiente del día a día, pero mi padre siempre se mostraba disponible para cualquier problema, ya fuera un catarro, unas anginas, o un olvido a la hora de hacer las tareas del colegio para el día siguiente. Al mediodía, a la hora de comer, siempre se interesaba por lo que habías hecho, te animaba cuando algo no había salido bien, o te escuchaba con infinita paciencia si alguno estaba enfadado por algo, procurando serenarle y mostrando una plena disponibilidad para atenderte. Él prefería que fuera mi madre la que tomara un mayor protagonismo en los temas de la casa, que lógicamente seguía más de cerca, pero él siempre estaba en la retaguardia, con una disponibilidad total, que se hacía efectiva en cuanto se veía necesario. Le gustaba perder el tiempo con nosotros, salir al campo los domingos, hacer excursiones, jugar con nosotros, apasionarse con nuestras aficiones, y un largo etc. Pero para mi lo más sorprendente era como sabía involucrarnos en sus propios planes. Sabía atender muchas cosas a la vez, incluidos nuestros propios caprichos, sin dejar de prestar a todos el máximo interés. Todos nos considerábamos el más importante y el centro de la atención, aunque en realidad éramos siete y cada uno con sus problemas.

Por último, mi padre desempeñó un protagonismo muy especial a la hora de orientar profesionalmente a sus hijos, en la medida que cada uno lo necesitó. Evidentemente mi padre nos dejó elegir libremente, sin ningún tipo de coacción. Para eso se solía poner de ejemplo, ya que en su caso no siguió la tradición familiar de ser artillero, sino que primero intentó ser marino, y sólo después, en el último momento, se decidió a ser médico. Nos animaba a que hiciéramos una elección responsable, basada en principios cristianos, sin poner por delante el propio interés,

aunque siempre dejaba que cada uno actuara responsablemente por sí mismo, sin intentar condicionarle. Esto en todos los temas: desde la elección de estado, hasta la elección profesional, el modo de pasar el tiempo libre, la elección de aficiones, o los propios gastos. Siempre en estos casos nos ponía de ejemplo su propio caso: eligió medicina por puro azar, poniendo los nombres de las carreras a diversos papelitos y sacando uno de ellos, aunque evidentemente aquella elección fue decisiva para su posterior vida profesional. Sin duda nos quería hacer ver que la Providencia siempre sabe más, y por nuestra parte lo único que tenemos que hacer es evitar poner obstáculos, abandonándonos a la voluntad divina. Por eso siempre respetaba nuestras decisiones, sin entrometerse nunca, salvo que fuera una ofensa a Dios. Su modo de argumentar era hacernos recapacitar con multitud de ejemplos, sobre las sorpresas que puede deparar la vida. Nos hacía ver con casos concretos que hay planteamientos vitales incompatibles con la providencia y otros que pueden parecer locuras aparentes, pero que pueden acabar siendo providenciales, si les mueve un buen fin. Evidentemente esto lo decía cuando veía que alguno de nosotros tenía que afrontar una decisión difícil, poniendo alguno de los numerosos ejemplos de su propia vida, donde una decisión aparentemente improvisaba acabó teniendo una gran cordura, aunque al final estaba claro que la decisión la debía tomar cada uno.

Mi padre siempre nos transmitió un enorme entusiasmo por la propia historia familiar. La consideraba una manifestación sorprendente de la *miserericordia divina* que, a su vez, ocupó un lugar muy destacado en su progresivo acercamiento a Dios. Destacaba mucho el papel desempeñado por el abuelo, por mi tía Guadalupe, por mi madre y, ya más tarde, por el propio Beato Josemaría en su propio proceso de conversión interior. Mi padre sólo nos daba a conocer pequeños detalles de aquella historia, dejando que fuéramos nosotros mismos los que completáramos la narración. En los momentos cruciales de su vida siempre destacaba la actitud decidida de mi tía Guadalupe: su actitud firme el día de la muerte del abuelo durante la guerra civil; o el impacto que su viaje a México ejerció en el acercamiento a la Obra de mi padre y de mi madre ya en Granada, al comprender la aventura divina en la que la tía Guadalupe se había embarcado, sin contar con prácticamente ningún medio humano; o el testimonio de fe sobrenatural con que la tía Guadalupe sobrellevó la enfermedad, a la vuelta de México, justo en el momento en que mis padres afrontaron el traslado definitivo a Pamplona, una vez que el Beato Josemaría expresara una firme voluntad de comenzar la Universidad de Navarra, con la Facultad de Medicina incluida. En ninguno de estos casos mi tía Guadalupe hizo nada especial por influir en mi padre, pero siempre su testimonio de vida ejerció un influjo decisivo. Mi tía Guadalupe siempre sabía quedar en un segundo plano, como si no tuviera nada que ver con todo aquello, aunque mi padre sabía muy bien que no era así. Mi padre siempre tomó a su hermana Guadalupe como un ejemplo a imitar del que se sirvió la providencia para su acercamiento a la Obra.

La admiración que mi padre sentía por su hermana Guadalupe tenía unas

razones muy concretas, que se sitúan más allá del mero sentimentalismo entre hermanos: Guadalupe le transmitió a mi padre y a mi madre el convencimiento de que la voluntad divina estaba empeñada en que el Opus Dei se hiciera realidad en la tierra, persuadiendo más a través del testimonio de los hechos que con las palabras, siguiendo a su vez el ejemplo del fundador del Opus Dei. Después vino el influjo arrollador que ejerció el Beato Josemaría Escrivá en su vida, como en tantos otros fieles cristianos, a través especialmente de la participación en los medios de formación del Opus Dei. Mi padre conoció al Fundador de la Obra mucho más tarde, en 1960, pero indirectamente tenían noticias recíprocas desde hacía mucho tiempo. Después, a raíz especialmente de su trato como médico este conocimiento de San Josemaría Escrivá se hizo más personal y profundo, como me lo expresó en el año 1967, durante mi estancia en Roma: ‘Ten la seguridad que tus padres son santos, aunque no les digas a ellos nada personalmente’.

La santificación de la vida familiar

Mi padre siguió preocupándose de la formación de sus hijos durante toda la vida, adaptándose a las diversas necesidades de sus hijos conforme íbamos creciendo. Los ejemplos son incontables, aunque ahora sólo me voy a referir sólo a tres casos muy concretos: la atención que siempre dispensó a sus hijos y a otros familiares cercanos, cuando fue necesario atenderles; la atención especialísima y llena de afecto que siempre tributó a mi hermano Eduardo, enfermo mental; y, finalmente, la atención con que siguió los distintos avatares de sus hijos ya siendo mayores, desviviéndose por resolver los más pequeños problemas que pudiéramos tener.

Mi padre se preocupó de atender personalmente nuestras necesidades más inmediatas. Cuando vivíamos en Cájar, mi padre tenía un plan de trabajo muy preciso, que se aceleraba cuando comenzaba el curso académico. A primera hora, después de ducharse, solía para ir a Misa de ocho de la mañana en la parroquia del pueblo, y volvía a casa para llevarnos en el coche a Granada, dejando a cada uno en su destino habitual. No era muy buen conductor y en el trayecto solían suceder acontecimientos de todo tipo, aunque nunca graves, ya que tampoco solía conducir a mucha velocidad. En el trayecto nos solía contar los planes de aquel día, o algún sucedido de sus clases en la Universidad, o alguna anécdota de algún paciente especial, acoplándose siempre a nuestra capacidad de comprensión. Después de dejarnos en el Colegio habitualmente iba a dar clase a la Universidad y al Hospital de San Juan de Dios, o al Hospital de San Lázaro, donde atendía a los enfermos de beneficencia, habitualmente con patologías muy complejas, que exigían una atención muy especial. En los días de fiesta o de vacaciones nos gustaba acompañarle y saludar a sus colaboradores, a los que tratábamos como si fueran de la familia, aunque desde el comienzo ya supiéramos, que era incierta la hora en que íbamos a acabar aquellos planes.

En aquellos traslados mi padre se adaptaba a los planes de cada uno. En la época de Granada, Laura se quedaba a comer en el colegio, donde también oía Misa, y no volvía a San Antón hasta el final de las clases de la tarde. En cambio Manolo y Carlos volvían a la consulta de San Antón al mediodía. Al menos durante un año fuimos a comer los tres al restaurante del Hotel Victoria, que estaba situado al comienzo de la calle San Antón, junto a la Plaza Real. Laura recuerda que “la jornada de trabajo se apretaba, nos repartía por la mañana a los colegios; comía en Granada, en el Bar Victoria, cerca de la consulta, con Manolo y Carlos. Nosotros a la tarde solíamos volver en tranvía a Cájar, y él regresaba más tarde después de terminar de ver la consulta. Así nosotros podíamos disfrutar de más tiempo libre, a la vez que el podía alargar un poco su jornada laboral’. De todos modos pronto se impuso la costumbre de volver a comer de nuevo a Cájar, ya que a mi padre no le acaba de convencer aquel sistema de comida un poco desangelado. Entonces empezábamos a ir a comer a Fuentehonda, tratando de comer lo más rápido posible, para volver de nuevo al Colegio. Al final de las clases, volvíamos a la consulta de San Antón y, algunos días, le esperábamos para volvernos todos juntos en coche ya casi de noche.

A la noche nosotros sabíamos que mi madre siempre esperaba a que llegara mi padre, para cenar juntos, y nosotros también le solíamos esperar, aunque hubiéramos cenado antes. Después mis padres nos enviaban a la cama, y nos ayudaban a rezar las oraciones acostumbradas y, cuando se quedaban solos, solían rezar el rosario juntos. De todos modos si algunas veces te desvelabas de noche, sabías que siempre te ibas a encontrar con papá estudiando en el comedor o en la biblioteca. A veces se quedaba hasta las dos o tres de la madrugada, según el trabajo que tuviera previsto para el día siguiente. Si tenías algún problema o le querías contar alguna preocupación, aunque fuera poco importante, te solías hacer el contradizo, sabiendo que siempre le ibas a encontrar dispuesto a atenderte. En otras ocasiones era difícil encontrar un hueco para hablar, pero este sistema nunca fallaba. Siempre se solía quedar a la noche. Nos decía que tenía que preparar la clase o la sesión clínica de la mañana siguiente, sin poder improvisar, si no quería ser un ‘plomo’, por más años que llevara dando clase.

Mi padre desde la época de Granada fue muy hospitalario con todos los familiares, ayudantes y compañeros en general. Allí empezó la costumbre invitar a comer a nuestros familiares y amigos los domingos o algún otro día de la semana. En Fuentehonda nos podíamos reunir a veces entre treinta o cuarenta personas, y era raro el día que no venía a comer acompañado de alguno de sus colaboradores. Traslado a Fuentehonda la costumbre que ya había cogido en San Antón, y que después siguió en Pamplona. Yo solía presenciar algunas de aquellas conversaciones. Siempre mi padre les animaba a sus colaboradores a leer alguna de las revistas médicas más recientes. Trataba de que se mantuvieran al día en sus conocimientos, sin adocenarse o conformarse con ser un médico del montón.

En casa también recibíamos revistas médicas especializadas, tanto en lengua alemana como inglesa, que le veíamos utilizar con frecuencia. Por eso en las conversaciones salía con frecuencia la necesidad de formarse y de salir al extranjero, ya sea para participar en algún congreso, o para pasar una estancia más o menos larga en alguna Universidad. En aquellos años se discutía mucho sobre la superioridad de la Medicina alemana o inglesa, sin que se supiera a ciencia cierta a qué carta quedarse. Mi padre había recibido de D. Carlos la admiración por la ciencia alemana, aunque reconocía el peso abrumador que en ese momento ya empezaba a ejercer Inglaterra y Estados Unidos.

Otra manifestación de la atención que siempre puso en vivir las virtudes familiares fue la atención especialísima que siempre dispensó a mi hermano Eduardito, cuya enfermedad mental se fue agravando cada vez más, hasta tener que ser ingresado en el Hospital Psiquiátrico. Por supuesto que aquella decisión fue el resultado de un largo y doloroso proceso, donde se sopesaron todas las posibilidades. Ya en la época de Granada le sometieron a Eduardito a todo tipo de revisiones, llevándolo a un Centro especializado en Madrid, aunque mi padre ya sabía que se trataba de un proceso irreversible. Le recomendaron, de todos modos, que Eduardito durmiera acompañado, para que alguien controlara sus ataques epilépticos y evitar que se cayera de la cama, o que se diera algún golpe en la cabeza, o que se mordiera la lengua, aunque muy poco se podía hacer en esos casos. Mi padre pensó que yo podía hacer este cometido fácilmente, como efectivamente hice, y me pidió que le informara puntualmente de todos los incidentes que pudieran ocurrir. Por eso Eduardo y yo ocupábamos habitualmente la misma habitación. Mi padre nos recomendaba que, cuando le diera un ataque epiléptico, lo sujetáramos sin pretender inmovilizarlo y sin hacer demasiada fuerza, sólo para evitar los golpes que se pudiera dar. En esos momentos mi hermano tenía mucha fuerza y era contraproducente intentar sujetarle. Sólo había que evitar que no se golpeará con los objetos que hubiera a su alrededor. Mi padre también había indicado que cuando le diera un ataque epiléptico a la noche le avisáramos de inmediato, cosa que hacíamos sin ningún problema. Sin embargo a veces los ataques le daban al amanecer, nada más levantarnos, sin que diera tiempo a impedir que se cayera de la cama y se diera algún golpe. En estos casos mi padre nunca nos reñía, dándose perfecta cuenta de que esos ataques eran absolutamente imprevisibles. Cuando en cambio eran de día, el propio Eduardito lo solía notar y se le crispaba la cara, como si se quedara ausente y a su vez preocupado, dándose tiempo a sujetarle, si los que estaban alrededor estaban atentos. Después de uno de esos ataques era muy normal que a Eduardito le cambiara el carácter, volviéndose más agresivo y susceptible, por el miedo natural que le producían este tipo de situaciones. Todo lo que le sucedía era muy natural dentro de su enfermedad, pero nosotros éramos todavía bastante pequeños para entenderlo, aunque nos dábamos cuenta de que padecía una enfermedad muy grave e incurable. Por eso entendíamos

perfectamente a mi padre cuando nos decía que con Eduardito no debíamos discutir, ni llevarle la contraria. Nos decía que hubiera sido el mejor de todos, si no hubiera tenido aquella terrible enfermedad.

Mis padres se preocuparon especialmente de la educación de Eduardito. Sabían que le gustaba mucho dibujar y que tenía una especial sensibilidad para los colores y para reflejar algunos rasgos de las personas, aunque lo hacían más por darle una ocupación manual que por otra cosa. Por eso, cuando llegamos a Pamplona, tomaron un profesor particular que los sábados le daba clases de pintura adaptadas a sus posibilidades. Mis padres también se preocuparon especialmente de la formación religiosa de Eduardito, a pesar de ser un tema nada sencillo. Eduardito ya se había preparado para recibir la primera confesión en Granada, antes de hacer juntos la primera comunión en la iglesia de las Angustias. Ya en Pamplona Eduardito habitualmente nos acompañaba a la Misa de los domingos en la iglesia de San Ignacio, acercándose a comulgar junto con todos nosotros. Mi padre desde un primer momento vio que había que facilitar a Eduardito una asistencia sacramental adecuada, que en su caso exigía una atención espiritual muy especial. Aprovechó algunas de las estancias en la Clínica para que lo conociera al Capellán, D. Juan Calvo. Periódicamente mi padre traía a D. Juan por casa para que pudiera hablar con Eduardito, o nosotros íbamos a hacerle una visita a la Clínica. Durante estas visitas D. Juan hablaba un rato con Eduardito, examinaba sus disposiciones y le confesaba. D. Juan solía comentar que Eduardito era capaz de distinguir la confesión de la simple charla con un amigo, sabiendo apreciar su importancia.

La situación de Eduardito al final se hizo insostenible, especialmente para mi madre, y hubo que ingresarlo en el Hospital Psiquiátrico de Pamplona, en el Pabellón 'Pensionado', aun a sabiendas que era un enfermo crónico con muy pocas posibilidades de rehabilitación. Mi padre se había resistido por largo tiempo a esa decisión, pero después de mucho pensarlo vio que aquella era la única solución viable a largo plazo, si no se quería condicionar la vida del resto de la familia. Para mi madre aquella decisión fue un paso muy duro de aceptar, pero también comprendió que no había otra solución. Mi padre a partir de entonces se quedó muy preocupado de la situación en que podía quedar Eduardito en un futuro, tratando de ponerle remedio en la medida de lo posible, como efectivamente hizo. Era su mayor preocupación. Se veía que era una herida que llevaba abierta, sin acostumbrarse a lo que ya parecía inevitable. Yo me acordaba de la invitación que me hizo el Beato Josemaría en Roma de que rezase por la curación de Eduardito, pidiendo si hiciera falta un milagro. Mi padre también había oído directamente la misma recomendación de sus propios labios, y era muy frecuente oírle decir, cuando íbamos a hacer una visita al Santísimo, ya fuera al entrar en el Hospital Psiquiátrico o en cualquier iglesia. Vamos a rezar por la curación de Eduardito. Lo decía con pleno convencimiento, implorando a Dios un milagro, aunque lógicamente todo lo dejaba en las manos de la Providencia.

● ● ● Mi padre visitaba todas las semanas a Eduardito en el Hospital psiquiátrico. Lo primero que hacíamos al hacer estas visitas era saludar al Santísimo en el Oratorio que tenía la Congregación de monjas de la Caridad que atendían al Hospital. Se trataba de un Oratorio independiente a la Iglesia de uso común, donde con frecuencia estaba expuesto el Santísimo para la adoración de los fieles. Siempre aprovechábamos aquella ocasión para hacer una visita al Santísimo, que habitualmente se alargaba un poco más de tiempo que el habitual. Al hacer la visita al Santísimo pedía por Eduardito, pero con más razón en una situación como aquella. Después a la salida era muy frecuente que alguna de las monjas le saludara, pues en algunos casos le conocía de la época de Granada, o incluso de antes. Después nos acercábamos al Pabellón ‘Pensionado’ donde solía estar internado Eduardo. El paseo por aquellos pasillos tan largos y un poco destartalados siempre era entrañable, por lo que tenía de poco habitual: mi padre solía saludar a todos los enfermos que se encontraba, se veía que los visitaba con frecuencia y ellos le agradecían el saludo. Mi padre sabía que era el único modo posible de agradecer la compañía que a su modo le hacían a Eduardito, que lógicamente allí era tratado como uno más. En cualquier caso no era una simple visita de cortesía, sino un encuentro muy entrañable que los enfermos sabían agradecer. Después veíamos los dibujos y pinturas de Eduardito, a las que era muy aficionado y cuyo significado le gustaba que lo adivináramos, poniendo una cara de gran satisfacción cuando lo conseguíamos. En la mayoría de los casos la visita solía ser corta pero muy afectuosa, y Eduardito siempre nos despedía muy tranquilo y contento por haberle visitado. No solía hacer nada por intentar irse con nosotros, ni se enfadaba cuando teníamos que irnos. Pero nos recibía siempre afectuosamente, esperando nuestra llegada. A mi padre le admiraba la conformidad que Eduardito demostraba ante su enfermedad, sin rebelarse en aquella situación, aunque el pobrecito tampoco pudiera hacer otra cosa.

● ● ● Otro aspecto de las virtudes familiares de mi padre fue el interés con que siguió todos nuestros avatares profesionales y familiares, ejerciendo una función de consejo y ayuda inestimable. Siempre confiaba en la buena pasta de la saga familiar, sabiendo afrontar con optimismo este tipo de problemas, confiando en la providencia. Todos tenemos multitud de anécdotas a este respecto, pero pienso que es muy significativa la anécdota que le sucedió a Upe, cuando le dijo que se iba a vivir a un centro de la Obra en Barcelona, siendo la más pequeña de todos sus hijos, y quedándose a partir de entonces mis padres casi solos en casa. Aquel día mi padre llegó un poco tarde, cuando ya todos habían comido. Era el momento justo que esperaba Upe porque estaba él solo sentado a la mesa. Se lo dijo como pudo (a ella también le costaba plantearlo). –”Papá, me han hablado de la posibilidad de ir a vivir a un Centro de la Obra en Barcelona... Inmediatamente se levantó del sillón del comedor, me dio un abrazo muy fuerte y dijo: -¡Somos una familia grande: nos encontraremos en el Cielo!” Y se puso inmediatamente a escribir una carta

al director del Instituto para gestionar la petición del traslado de matrícula a Barcelona’.

11 Mi padre nos dio innumerables ejemplos de cómo mantener la atención material y espiritual de sus hijos durante toda su vida, pero él siempre insistía en que todo ello hubiera sido imposible sin la ayuda de mi madre. En los momentos delicados, mi madre siempre acudía para dar el consejo oportuno, o para poner un toque de humor cuando la situación se podía volver un poco trágica. A este respecto hubo una forma muy peculiar de referirse a la fama de santidad que tenía mi padre en vida. Cuando el 11 de octubre del 2000 falleció mi madre se produjo un fenómeno similar al que ocurrió cuando falleció mi padre en 1985. Mucha gente quería decirnos que mi madre también había llevado una vida ejemplar digna de ser elevada a los altares. La mayoría de los médicos de la Clínica que sabían perfectamente las ideas que entonces pasaban por la cabeza de sus hijos, tuvieron una forma casi unánime de expresar aquella idea: “Bueno, si tu padre ha merecido que se inicie un proceso de declaración de virtudes, tu madre se lo merece por partida doble”. Lo cual evidentemente deja muy bien a mi madre, pero también a mi padre; en efecto, pasados más de quince años desde su fallecimiento ninguno de los que le conocieron en vida, incluidos sus familiares más cercanos, pone en duda la reconocida fama de santidad que D. Eduardo tuvo en vida. De todos modos el testimonio pormenorizado sobre las virtudes de mi madre tendrá que esperar todavía algún tiempo, aunque no me cabe la menor duda de que también lo terminaré haciendo.